

amenidad, la impresión de que su alma y su inteligencia están á la altura de los peligros y á cubierto de las sorpresas. En lo relativo á la pasión, la cultura noble se asemeja á un jinete que tiene gusto en hacer caminar al paso á un caballo fogoso y vivo—recorde-mos la época de Luis XIV—ó bien á un jinete que advierte que su caballo se lanza disparado como una fuerza de la naturaleza y que ambos están á punto de perder la cabeza, pero que gozan en la carrera irguiéndose con orgullo; en ambos casos, la cultura noble respira potencia, y aunque frecuentemente no exige en sus costumbres más que las apariencias del sentimiento de la potencia, con todo, el verdadero sentimiento de la superioridad crece por la impresión que causa ese juego en los que no son nobles y por el espectáculo de esa impresión.

Este innegable privilegio de la cultura noble edificada sobre el sentimiento de la superioridad, comienza ahora á elevarse á un grado superior todavía, pues gracias á todos los espíritus libres, no es ya deshonoroso, sino lícito, penetrar en el orden del conocimiento para buscar consagraciones más intelectuales y adquirir una cortesía superior, mirando hacia ese ideal de una sabiduría victoriosa que ninguna época pudo elevar delante de sí con tanta razón como la época que va á abrirse. ¿Y en qué se ocuparía sino la nobleza, cuando cada día va siendo más indecoroso ocuparse en la política?

202. *Los cuidados que exige la salud.*—Apenas se ha comenzado á estudiar la fisiología de los delincuentes y tenemos ya la certeza de que entre criminales y locos no hay diferencia esencial, partiendó del supuesto de que se tenga la certeza de que la manera corriente y

admitida de pensar en moral represente el criterio de la *salud moral*. Lo cierto es que no hay opinión alguna que en el día tenga mayor crédito que ésta. Pero no se debe rehuir la aplicación de las consecuencias de esta doctrina, tratando al criminal como á un enfermo. No se le debe tratar con caridad altiva, sino con la sabiduría y la buena voluntad de un médico. Necesita un cambio de aires y de sociedad, un alejamiento momentáneo, acaso la soledad y ocupaciones nuevas; perfectamente. Acaso reconoce él mismo que le conviene vivir algún tiempo vigilado para tener una protección contra sí mismo y contra su instinto tiránico; ¡muy bien! Hay que presentarle claramente la posibilidad y los medios de curarse (esto es, de extirpar, de transformar, de sublimar aquel instinto), y hay que ofrecer al criminal incorregible que se causa horror á sí mismo, la ocasión del suicidio. Reservado este recurso como supremo medio de alivio, no hay que perdonar medio para devolver al criminal el valor y la libertad de espíritu; hay que borrar de su alma los remordimientos, considerándolo cuestión de limpieza moral é indicarle cómo puede compensar el daño que quizá causó á alguien, por medio de un beneficio hecho á otro, beneficio que puede sobrepasar al daño. Todo esto con grandes precauciones, y, sobre todo, de una manera secreta y con nuevos nombres y con frecuentes cambios de residencia, á fin de que la integridad de la reputación y la futura existencia del criminal corran los menores riesgos posibles.

Verdad es que todavía hoy, aquel á quien se ha causado un perjuicio, quiere tomar venganza, abstracción hecha de la manera como podría ser reparado el daño, y se dirige á los tribunales para obtenerla. Por eso nuestra horrible penalidad subsiste aún con su balanza

de tendero y su voluntad de compensar el delito con la pena. Pero ¿no habría medio de avanzar? ¡Cuán mejorado resultaría el sentimiento general de la vida, si pudiéramos desembarazarnos de la creencia en la culpa y también del antiguo instinto de venganza y llegásemos á comprender que por parte de los hombres felices es una sagaz sabiduría el bendecir á sus enemigos, como hace el cristianismo, y hacer bien á los que nos han agraviado. ¡Alejemos del mundo la idea del pecado y mandemos noramala con ella la de la punición! ¡Que se vayan á vivir lejos de los hombres estos demonios desterrados si se empeñan en vivir y no mueren de repugnancia de sí mismos!

Entre tanto debemos considerar que el perjuicio que causan á la sociedad y al individuo los criminales, es de la misma clase que el que causan los enfermos: los enfermos difunden en torno suyo las inquietudes y el mal humor, no producen nada, consumen los recursos ajenos, necesitan enfermeros, médicos, cuidados, viven del tiempo y de las fuerzas de los sanos. Y sin embargo, se juzgaría inhumano al que quisiera vengar en el enfermo todas estas molestias. Verdad es que antiguamente se obraba así: en los estados inferiores de la civilización, y todavía hoy en algunos pueblos salvajes, el enfermo es considerado como un criminal, como un peligro para la comunidad y como la morada de algún ser diabólico que, á consecuencia de los pecados del paciente, se ha albergado en él; por eso se cree que todo enfermo es un pecador, un culpable. ¿No estaremos nosotros preparados todavía para la creencia contraria? ¿No podremos decir aun: «todo delincuente es un enfermo»? No, aún no ha sonado esa hora. Lo que falta, en primer lugar, son médicos, médicos que transformen lo que hasta ahora se ha llama-

do moral práctica, en un capítulo del arte de curar, de la ciencia de curar. Se echa de menos, por lo general, el interés que deberían despertar estas cosas, pero ese interés llegará día en que se asemeje á las agitaciones turbulentas que provocaba en otros tiempos la religión; las iglesias no están aún en manos de los que cuidan á los enfermos; el estudio del cuerpo y del régimen sanitario no figura todavía entre las enseñanzas obligatorias de todas las escuelas superiores é inferiores; no hay aún asociaciones silenciosas de personas que se hayan comprometido á no acudir á los tribunales, á no castigar á los que les hagan mal, á no vengarse de ellos; ningún pensador ha tenido aún el valor de medir la salud de una sociedad y de los individuos que la componen, con arreglo al número de parásitos que sostiene; ni hombre de Estado alguno que condujese su arado guiándose por el espíritu de esta sentencia generosa y dulce: «Si quieres cultivar la tierra, cultivala con el arado; gozarán de ti el pájaro y el lobo que marchen detrás de tu arado; todas las criaturas gozarán de ti.»

203. *Contra el mal régimen.*—¡Vayan enhoramala las comidas que hacen ahora los hombres, lo mismo en los *restaurants* que en todos los lugares donde se reúnen las clases acomodadas de la sociedad! Hasta cuando se reúnen sabios siguen las mismas prácticas para surtir su mesa, sin diferenciarse de los banqueros, siguiendo el principio de la excesiva abundancia y de la multiplicidad, de donde se sigue que los manjares se disponen en atención al efecto que produce su vista y no á las consecuencias que engendran haciendo necesario el uso de bebidas excitantes para aliviar la pesadez del estómago y del cerebro. ¡Vayan enhoramala

la disipación y la sensibilidad exagerada que son secuelas de esa costumbre! ¡Vayan enhoramala los sueños que asaltarán á esas gentes, y las artes y los libros que son los postres de tales banquetes! Hagan lo que quieran estas gentes, sus actos estarán regidos por la pimienta y por la contradicción ó la pereza universal. (En Inglaterra, las clases ricas han menester de su cristianismo para poder soportar sus dispepsias y sus dolores de cabeza.) Por último, para decir, no sólo lo que tienen de repugnantes esas costumbres, sino su razón de ser hay que confesar que esos hombres no son vividores; la actividad de nuestro siglo es más poderosa en las extremidades que en el vientre. ¿A qué, entonces, esas comilonas? Son *representativas*. ¿Y qué representan? ¿La gerarquía? No, el dinero; ya no hay gerarquías. Somos *individuos*. Pero el dinero es el poder, la gloria, la preeminencia, la dignidad, la influencia; el dinero da á los hombres grandes ó pequeñas preocupaciones, según lo que tiene. Nadie quiere meterle debajo de un celemín, ni podría extenderle sobre su mesa. Es menester que el dinero tenga un representante que se pueda poner sobre la mesa. Ese representante son nuestros banquetes.

204. *Danae y el dios convertido en oro.*—¿De dónde viene esa impaciencia que hace criminal á un hombre en situaciones en que se explicaría mejor la inclinación contraria? Si uno pesa con balanzas falsas, si el otro incendia su casa después de haberla asegurado en más de su valor, si un tercero acuña moneda falsa, si las tres cuartas partes de la alta sociedad, se entregan á un fraude lícito y cargan su conciencia con operaciones de bolsa y especulaciones, ¿qué les impulsa á ello? No es la miseria, su vida no es precaria,

comen y beben sin la zozobra del mañana; lo que les mueve es la terrible impaciencia de ver cuán lentamente se reúne el dinero, el apego y amor al dinero reunido que les atormentan noche y día. En esa impaciencia y en ese amor reaparece el fanatismo del deseo de poder, inflamado en otras épocas por la creencia de poseer la verdad, fanatismo que ha llevado tan hermosos nombres que hasta podía aventurarse á ser inhumano con tranquilidad de conciencia (quemando judíos, herejes y buenos libros, y exterminando civilizaciones enteras como las de Méjico y el Perú). Los medios de que se sirve el deseo de poder se han transformado, pero el mismo volcán sigue hirviendo siempre; la impaciencia y el amor desmedidos reclaman sus víctimas, y lo que antes se hacía por la voluntad de Dios se hace ahora por la voluntad del dinero, es decir, por aquello que es ahora el sentimiento más elevado de la potencia y la mayor tranquilidad de conciencia.

205. *El pueblo de Israel.*—Entre los espectáculos á que nos convida el siglo próximo hay que contar el definitivo arreglo de los destinos de los judíos de Europa. Es evidente que han echado los dados y han ¡pasado el Rubicón; no les queda más remedio que hacerse los dueños de Europa ó perder á Europa como en tiempos remotos perdieron á Egipto, donde se vieron colocados ante el mismo dilema.

En Europa han pasado por una escuela de diez y ocho siglos tal como no la ha experimentado ningún pueblo, y en forma que las lecciones de ese espantoso período de prueba han aprovechado más que á la comunidad á los individuos. Consecuencia de esto es que en los judíos actuales los resortes del alma y de la inte-

ligencia tienen vigor extraordinario. Entre todos los habitantes de Europa son ellos los que más rara vez recurren, en la miseria, á la bebida y al suicidio para salir de situaciones penosas desdefiando, este recurso que está al alcance de las personas de menor capacidad. El judío encuentra en la historia de sus padres y de sus antepasados una fuente de ejemplos de frío raciocinio y de constancia en situaciones terribles y de la mayor sagacidad para sacar partido de la desgracia y del azar por medio de la astucia. Su valor bajo la apariencia de la más mezquina bajeza, su heroísmo en el *spernere se sperni*, superan á las virtudes de los santos. Se les ha querido hacer despreciables tratándoles con desprecio durante cerca de dos mil años, prohibiéndoles el acceso á los honores y á todo lo que da honra, é impulsándoles, por el contrario, á los más indecorosos oficios, y verdaderamente este procedimiento no les ha vuelto menos sucios. Pero, ¿les ha hecho despreciables? Jamás han cesado de creerse ellos mismos llamados á los más altos destinos, ni han dejado de adornarles todas las virtudes de los que padecen. La manera que tienen de honrar á sus padres y á sus hijos, sus matrimonios y sus costumbres conyugales, les distinguen entre todos los europeos. Y todavía supieron crearse un sentimiento de poder y de venganza eterna con las profesiones que les abandonaron los europeos ó á las cuales fueron entregados. Hay que confesar, en disculpa de su misma usura, que sin la enemiga con que eran tratados en esta ocupación agradable y útil en ocasiones, difícilmente hubieran podido estimarse á sí mismos por mucho tiempo. Nuestra estimación de nosotros mismos exige que podamos usar de represalias y correspondencia en bien y en mal. Con todo, los judíos no se han dejado llevar demasiado lejos en su venganza,

za, pues poseen la libertad intelectual y la libertad del alma que produce el cambio frecuente de lugares y de climas y el contacto con las costumbres de vecinos y opresores; así han llegado á poseer la mayor experiencia de las relaciones con los hombres, y hasta en sus pasiones utilizan la circunspección que sugiere esa experiencia. Tan seguros están de su flexibilidad intelectual y de su habilidad, que jamás, ni en los momentos más difíciles, han necesitado ganar el pan con el trabajo físico, como rudos obreros, tales como mozos de cordel ó cavadores. Se advierte todavía en sus maneras que en su alma no han sido inculcados sentimientos caballerescos y nobles, que no han ceñido sus cuerpos hermosas armaduras; algo de indiscreto alterna en ellos con una sumisión casi siempre penosa, aunque muchas veces se revista de afabilidad. Pero como van emparentando necesariamente y cada año más con la mejor nobleza de Europa, llegarán á adquirir una participación considerable en las buenas formas espirituales y físicas, de modo que dentro de cien años sus apariencias serán bastante nobles para que no tengan que avergonzarse como señores delante de los que estén sujetos á ellos.

Esto es lo importante, y por eso es todavía prematuro el arreglo de su situación. Saben ellos mejor que nadie que no les es dado pensar en la conquista de Europa ni en acto alguno de violencia, pero saben también que puede llegar un día en que no necesiten más que alargar la mano para que caiga en ella la Europa como un fruto maduro.

Entre tanto necesitan distinguirse en todos los órdenes de la distinción europea, ser en todo los primeros, hasta que lleguen ellos mismos á definir la distinción. Entonces serán los inventores y los guías de los eu-

ropeos y no ofenderán el pudor de éstos. ¿Y á dónde ha de dirigirse ese caudal de grandes impresiones acumuladas que la historia judía ha dejado en cada familia israelita, esa abundancia de pasiones, de resoluciones, de renunciaciones, de luchas, de victorias de todas clases, sino á las grandes obras y á los grandes hombres intelectuales? Entonces, cuando los judíos puedan mostrar esas joyas y esos vasos dorados, que serán obra suya, á los pueblos europeos de experiencia más corta y menos profunda, incapaces de producir cosas semejantes; cuando Israel haya trocado su venganza eterna en bendición eterna de Europa, habrá llegado de nuevo el sétimo día, ese día sétimo en que el antiguo Dios de los judíos podrá regocijarse en sí mismo, en su creación y en su pueblo elegido, y todos nosotros, todos, podremos regocijarnos con él.

206. *Estado imposible.*—Pobre, alegre é independiente son tres condiciones que se encuentran reunidas en una persona por excepción; pobre, alegre y esclavo son condiciones que se encuentran también, y es lo mejor que puede decirse de los obreros de la esclavitud de las fábricas, suponiendo que no les parezca vergonzoso el ser utilizados como el tornillo de una máquina ó como el ripio del espíritu de invención de los hombres, por decirlo así. ¡Vaya noramala la creencia de que con un salario más elevado se remediaría lo que hay de esencial en su miseria, es decir, su servidumbre impersonal; vaya noramala el dejarse persuadir de que con un aumento de esa impersonalidad, por medio de las ruedas de la máquina de una nueva sociedad, la vergüenza de la esclavitud podría transformarse en virtud; vaya noramala el tener un precio mediante el cual se deja de ser persona para conver-

tirse en tornillo! ¿Sois cómplices de la presente locura de las naciones que lo que quieren es producir mucho y enriquecerse todo lo posible? A vosotros os corresponde hacer el descuento, mostrar cuán grandes sumas de valor interior se despilfarran para conseguir ese fin exterior. Pero ¿dónde está vuestro valor interior si no sabéis lo que es respirar con libertad, si apenas sabéis poseeros á vosotros mismos, si frecuentemente estáis hartos de vosotros mismos, como de una bebida que se ha agriado; si dais oídos á las voces de los periódicos y miráis de reojo á vuestro vecino el rico, comidos de envidia al ver el alza y la baja rápidas del poder, del dinero y de las opiniones; si no tenéis fe en la filosofía que va harapienta, ni en la libertad de espíritu del que carece de necesidades; si la pobreza voluntaria é idílica, la carencia de profesión y el celibato, que deberían ser el ideal de los más intelectuales de vosotros, son vuestra irrisión? Por el contrario, el pí-fano socialista de los engañabobos os llena la oreja; y esos engañabobos que quieren inflamarnos en esperanzas absurdas, os dicen que estéis dispuestos y nada más, dispuestos de hoy á mañana, esperando alguna cosa exterior, que esperáis sin cesar, viviendo en lo demás como de costumbre, hasta que esa espera se torne hambre y sed, fiebre y locura y amanezca al fin en todo su esplendor el día de la bestia triunfante.

Lejos de esto, cada cual debería pensar: «Más vale emigar para llegar á ser *amo* en comarcas del mundo nuevas y salvajes, y ante todo para hacerse señor de sí mismo; cambiar de residencia mientras haya una amenaza de esclavitud, no huir de la aventura ni de la guerra y estar dispuesto á afrontar la muerte en el peor caso, con tal que no se prolongue este dañoso servilismo, con tal de que cese esta inclinación á agriar-

se, á volverse venenoso, conspirador.» Este sería el sentimiento recto; los trabajadores de Europa deberían considerarse como una verdadera imposibilidad *en cuanto clase*, no como algo duramente condicionado y falsamente organizado; deberían abrir una era de emigración del enjambre fuera de la colmena europea tal como no se ha visto hasta ahora, y protestar por medio de un acto de libertad de establecimiento, de un acto de gran relieve, contra la máquina, el capital y la alternativa que les amenaza: ser esclavos del Estado ó esclavos de un partido revolucionario. Descárguese Europa de la cuarta parte de sus habitantes; será un alivio para ella y para ellos. En las empresas remotas de los colonos que emigren en enjambres podrá apreciarse cuánto sentido común, cuánta equidad, cuánta sana desconfianza ha inculcado la madre Europa á sus hijos, á esos hijos que no podían ya aguantar la vida á su lado, junto á esa vieja chocha, y que corrían peligro de volverse sombríos, iracundos y libertinos como ella. Fuera de Europa, las virtudes de Europa viajarían con esos trabajadores, y lo que en el país natal comenzaba á degenerar en malestar peligroso y en inclinación criminal adquiriría fuera un triste natural y hermoso, y se llamaría heroísmo. Un aire más puro se respiraría en la vieja Europa, demasiado poblada y demasiado concentrada en sí misma. ¡Qué importa que faltasen brazos para el trabajo! Acaso caeríamos en la cuenta de que el acostumbarnos á muchas necesidades, ha sido porque era fácil satisfacerlas; bastará con que nos *desacostumbremos*. Acaso podrían importarse chinos, los cuales traerían la manera de vivir y de pensar que conviene á hormigas laboriosas. Hasta podrían contribuir á infundir en la sangre de esta Europa turbulenta, que se consume, un poco

de calma asiática y de contemplación, y lo que es más necesario, de *sufrimiento* asiático.

207. *Cómo se conducen los alemanes en materia moral.*—El alemán es capaz de hacer grandes cosas, pero es poco probable que las lleve á cabo, porque obedece, en cuanto se le presenta ocasión, como conviene á los espíritus perezosos por naturaleza. Si se encuentra colocado en la situación peligrosa de hallarse solo y tener que sacudir la pereza, si no le es posible cobijarse como un número en una cifra (y en este punto vale infinitamente menos que un francés ó un inglés) descubrirá sus fuerzas; entonces se vuelve peligroso, maligno, profundo, audaz, y saca á la luz del día el tesoro de energía latente que lleva en sí, tesoro en que, por otra parte, no cree nadie, ni él ni los demás. Cuando en semejante caso un alemán se obedece á sí mismo, y es gran excepción, lo hace con la misma rudeza, con la propia inflexibilidad y el mismo sufrimiento con que obedece de ordinario á su soberano y cumple sus deberes profesionales: entonces está á la altura de grandes cosas que serían inasequibles á la «debilidad de carácter» que á sí mismo se atribuye. En circunstancias normales teme depender sólo de sí mismo, teme improvisar; por eso en Alemania se gastan tantos funcionarios y tanta tinta. Desconoce la ligereza de carácter, es demasiado tímido para entregarse á ella, pero en circunstancias nuevas que le saquen de su letargo, se vuelve casi frívolo. Goza de lo raro de su nueva situación como de una embriaguez, y en materia de embriaguez es una autoridad. Por eso el alemán de ahora es casi frívolo en política, y si en esto tiene también la preocupación de la profundidad y de la seriedad, y usa de ella ampliamente en sus relaciones

con las demás potencias políticas, en el fondo está lleno de secreta presunción por haber tenido el derecho de elevarse una vez, de ser una vez innovador y caprichoso, de cambiar de personas, de partidos y esperanzas como de caretas.

Los sabios alemanes, que hasta ahora parecían los más alemanes de los alemanes, eran y son aún acaso tan excelentes como los soldados alemanes, por efecto de su inclinación á la obediencia, inclinación arraigada y casi infantil, en todas las cosas exteriores, á consecuencia de la necesidad de aislarse en la ciencia y de responder de muchas cosas. Aún puede esperarse mucho de ellos si saben conservar su actitud orgullosa, sencilla y paciente, y su independencia de las locuras políticas en tiempos en que los vientos soplan en dirección contraria. Tales como son (ó como eran) representan el estado embrionario de algo superior.

La ventaja y la desventaja de los alemanes, hasta de los sabios, es que hasta ahora estaban más cerca de la superstición y de la necesidad de creer que los demás pueblos. Sus vicios principales siguen siendo la embriaguez y la propensión al suicidio (el último es señal de una torpeza de espíritu que se deja impulsar fácilmente á soltar las riendas). El peligro está para ellos en todo lo que paraliza las fuerzas de la razón, y desata las pasiones (como, por ejemplo, el abuso de la música y de las bebidas alcohólicas), pues la pasión alemana se vuelve contra aquello que es personalmente útil, es destructora de sí misma como la del borracho. El mismo entusiasmo tiene menos valor en Alemania que en otras partes, porque es estéril. Siempre que un alemán ha hecho algo grande, ha sido en un momento de peligro, en un arranque de valor, con los dientes apretados, el espíritu en tensión, y muchas veces por

una inclinación á la generosidad. Se puede aconsejar á cualquiera que mantenga relaciones constantes con los alemanes, pues cada uno de ellos tiene algo que dar, si se le sabe impulsar á caer en la cuenta de ello, pues son radicalmente desordenados.

Si un pueblo de esta índole se preocupa con la moral, ¿cuál será la moral que le satisfaga? Querrá, ante todo, que aparezca idealizada su propensión á la obediencia. «Es menester que haya algo que el hombre pueda obedecer absolutamente.» Este es un sentimiento alemán, un raciocinio alemán que hallamos en el fondo de todas las doctrinas morales alemanas.

¡Cuán diferente es la impresión que se desprende de toda la moral antigua! Todos los pensadores griegos, dentro de la multiplicidad bajo la cual se nos ofrecen sus imágenes, se parecen, en cuanto moralistas, al maestro de gimnasia que dice á un joven: «Ven, sígueme: entrégate á mi disciplina. Llegarás acaso á alcanzar un premio delante de todos los helenos.» La virtud antigua consiste en la distinción personal. Someterse, obedecer públicamente ó en secreto, es la virtud alemana. Mucho tiempo antes de Kant y de su imperativo categórico, Lutero había dicho, guiado por el mismo espíritu, que era menester que hubiese un ser en quien el hombre pudiera confiarse en absoluto; ésta era su prueba de la existencia de Dios; Lutero, más popular y más tosco que Kant, quería que se obedeciese ciega-mente, no á una idea, sino á un ser, á una persona; pero, en último término, Kant tomó el rodeo de la moral para llegar á la obediencia hacia la persona, y éste es el culto del alemán, por imperceptible que sea la huella de culto que ha quedado en su religión.

Los griegos y los romanos experimentaban otros sentimientos, y se hubiesen mofado de esa necesidad

«de que haya un ser». En su libertad de sentimientos, completamente meridional, entraba la inclinación á defenderse contra la «confianza absoluta», y en lo íntimo de su corazón conservaban siempre una brizna de escepticismo contra todo, fuera Dios, hombre ó idea. El filósofo antiguo va todavía más lejos: *Nil admirari*. En esta frase se compendia toda una filosofía. Un alemán, Schopenhauer, llega á la conclusión contraria: *Admirari est philosophari*. ¿Qué ocurrirá si el alemán, como sucede algunas veces, llega á ese estado de ánimo en que es capaz de grandes cosas, si llega la hora excepcional, la hora de la desobediencia? No doy la razón á Schopenhauer cuando dice que la única ventaja de los alemanes sobre los demás pueblos consiste en que hay entre aquellos más ateos que en las demás partes; pero lo que sé es que cuando un alemán se encuentra en situación de ser capaz de grandes cosas, *se eleva siempre por encima de la moral*. ¿Por qué no ha de hacerlo? En tales casos, se encuentra en disposición de hacer algo nuevo, es decir, de mandar, á sí mismo ó á los demás. Y mandar es lo que no le ha enseñado la moral alemana. El arte de mandar ha sido olvidado.

LIBRO CUARTO

208. *Caso de conciencia*. — En resumen: ¿qué queréis de nuevo? No queremos que las causas sean pecados y los efectos verdugos.

209. *Utilidad de las más rígidas teorías*. — Somos indulgentes con las debilidades morales del hombre y las pasamos por una criba de grandes agujeros, á condición de que confiese su fe en una moral severa. Por el contrario, se mira con microscopio la vida de los moralistas de espíritu libre, con la secreta idea de que un mal paso en la vida sería el mejor argumento contra una profesión de fe peligrosa.

210. *Lo que es «en sí»*. — Antes se indagaba: ¿qué es lo que nos hace reír? como si hubiese fuera de nosotros mismos cosas que tuvieran la propiedad de provocar la risa, y se devanaban los sesos los hombres para imaginar qué cosas serían. (Hubo un teólogo que supuso que era «la ingenuidad del pecado».) Ahora lo que se pregunta es: «¿Qué es la risa? ¿Cómo se produce la risa?» Meditando más, se ha llegado á la conclusión de que no hay nada bueno, nada hermoso, nada sublime, sino estados espirituales, que nos hacen dar á las cosas exteriores esos calificativos. Hemos retirado á las cosas tales atributos, ó al menos nos hemos acordado